



fundacional. Antes de la violencia, de la conquista, el colonizador lee un texto, el “requerimiento,” destinado a legitimar su acción. El texto presupone un oyente, un lector implícito, al mismo tiempo que vacía su lugar. Existe sólo en cuanto silencio. El otro escucha pero no entiende. El diálogo se torna monólogo que, paradójicamente precisa del otro, de su vacío:

[...] como mejor podemos, vos rogamos y requerimos que entendáis bien esto que os [decimos], e toméis para entenderlo e deliberar sobre ello el tiempo que fuere justo y reconozcáis a la Yglesia por señora y superiora del universo mundo [...] y al emperador y reina, nuestros señores, como superiores e señores e Reyes [...].

Y si no lo hiziéredes o en ello maliciosamente dilación pusiéredes, certifiocos que con ayuda de Dios, nosotros entraremos poderosamente contra vosotros, e vos haremos guerra por todas partes e maneras que pudiéremos, [...] e tomaremos vuestras personas e de vuestras mugeres e hijos e los haremos esclavos, e vos tomaremos vuestros bienes e vos haremos todos los males y daños que pudiéremos [...] y protestamos que las muertes y daños que de ello se recrecieren sea a vuestra culpa e no de sus magestades [...]. (Citado en Pereña 238-39)

El conquistador exige al otro que comprenda y que obedezca, le amenaza con el exterminio en caso de disentir. Pero el otro, hipnotizado por la radical extrañeza del recién llegado, tan sólo escucha una voz incomprensible, mágica, que nada dice más allá de su impenetrable misterio. El requerimiento es un texto omnívoro, convierte al otro en mera función textual del enunciado. No existe más allá de lo escri-

to. El conquistador exige que lo que ven sus ojos se acomode a una narración concebida al otro lado del mar.<sup>2</sup> La lectura es un sueño performativo proyectado sobre un vacío, el silencio impenetrable del otro.

Ya Edmundo O’Gorman caracteriza en tales términos al primero de los lectores del Nuevo Mundo: Colón no ve, no quiere ver nada nuevo, ansiosamente busca la correspondencia entre lo percibido y lo esperado.<sup>3</sup> En palabras de Bartolomé de las Casas, la producción de sentido del almirante es:

cosa maravillosa como lo que el hombre mucho desea y asienta una vez con firmeza en su imaginación, todo lo que oye y ve, ser en su favor a cada paso se le antoja. (citado en O’Gorman 85)

El nuevo mundo ha de ser pues cómplice dócil de expectativas ajenas. El mecanismo de percepción del almirante pronto se amplía a la esfera del poder. En el “requerimiento,” ese poder es un ejercicio de ficcionalización. Percibir, clasificar o disciplinar al otro es hacerle texto, integrarle en la omnipotencia narrativa de un yo a quien no le interesa ver más allá de sí. La novedad no es posible, sólo la autoridad de lo escrito tiene validez. El otro ha de coincidir con lo previsto, formar parte de la historia, obedecer el lugar que le ofrece un catálogo inalterable. La resistencia a integrarse en ese catálogo supondría revelar su contenido como incompleto, su retrato de un mundo previsto como ya siempre fracasado.<sup>4</sup>

Pero ese esquema, ese enfrentamiento del sentido a la obscenidad de su vacío, nos remite inmediatamente a otro punto de partida de la modernidad: Don Quijote, situado aparentemente en las antípodas de la retórica del poder, incapaz de

convencer a los otros de su imposible grandeza, renuncia a reconocer lo imprevisto. El “caballero de la triste figura” no deja de gritarle a la cara del otro el texto al que pertenece, no abandona hasta el final su obstinación por poblar el mundo de un sentido impuesto.

Esa analogía nos proporciona el punto de partida de nuestra reflexión. La modernidad empieza en el ansia de sentido del Quijote una y otra vez derrotada, pero aun así ciega al fracaso. Pero la modernidad comienza también en el riguroso proceso de vaciamiento del otro que constituye la conquista. El texto cervantino, auténtica fuente de la inestabilidad de sentido que caracteriza la modernidad, sigue la misma pauta que su primer gesto de violencia. La impotencia del Quijote para alterar el mundo que le rodea y hacerle obedecer sus textos, se torna en el escenario de la conquista en violencia genocida. El “requerimiento” es un monólogo cervantino en boca del poder.

El fracaso del sentido que da origen a la modernidad ofrece entonces esas dos facetas simultáneas: por un lado la proliferación de significantes exiliados de la mítica correspondencia con su referente.<sup>5</sup> Por otro, el autoritario sometimiento de la realidad a esa unidad perdida entre signo y sentido. Paradójicamente, la ruina del sentido, su ausencia, se oculta con otro ejercicio de destrucción. La borradura del otro resulta del miedo a que delate, a que haga visible la insuficiencia del yo.

Cervantes mismo nos da el guión para interrogar esa intersección entre artificio y poder, pero también entre América y el patrón fundacional del sujeto moderno. “El celoso extremeño” relata la historia de un retorno, precisamente de las Indias, el final de un largo peregrinaje en busca del sentido y el fracaso de su puesta

en obra. Recordemos brevemente la novela: un indiano envejecido y enriquecido vuelve a España. En busca de definitivo asentamiento y de destino para su fortuna contrae matrimonio con la joven Leonora. Consumido patológicamente por celos sin motivo, encierra a su amada en una casa aislada del mundo y dotada de todas las riquezas. El misterio de la casa atrae a Losayda, Joven casquivano en busca de amores. Finalmente éste consigue penetrar las murallas del aislamiento y la narrativa paranoica del Indiano es, al menos aparentemente, completada. La causa de sus celos aparece finalmente como producto y no causa real de su excesiva prudencia.

Al principio del relato, el viaje a las Indias del protagonista, que funciona como prólogo de la historia, es presentado como un intento de restauración de la fortuna y la virtud:

[...] iba tomando una firme resolución de mudar manera de vida, y de tener otro estilo en guardar la hacienda... y de proceder con más recato que hasta allí con las mujeres. (100)

Carrizales lleva a cabo en el ámbito personal lo que para el Quijote resulta tarea mucho más pretenciosa. El comienzo de “El celoso” nos trae a la memoria el de *El Ingenioso hidalgo*: “No ha muchos años que de un lugar de Extremadura salió un hidalgo...” (99). La salida del lugar de origen será el espacio de la ruina económica (otra vez como en *El Quijote*) y la pérdida moral. El final del viaje, las Indias,

refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados [...] añagaza general de mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos. (99)

América es, para Carrizales, la página en blanco donde reescribir y restaurar un sentido perdido. Paradójicamente, el viaje al otro lado del mundo es uno de regreso. La comparación con la fábula del hijo pródigo es explícita en el texto cervantino (99). Se va a lo nuevo con nostalgia, en busca de un reencuentro. Es la misma recuperación de un tiempo y un orden perdidos la que guía los pasos del Quijote. El núcleo paradójico del sujeto moderno empieza en esa insalvable ruptura entre la realidad y el deseo. Lo nuevo es el resultado de un desencuentro, el fracaso de un retorno. La nostalgia de lo igual se topa con la indisciplinada mirada del otro.

Al otro lado del mar, Carrizales cree encontrar los remedios para su mal. Recupera su hacienda y su virtud, se prepara para el regreso al origen, para la definitiva recuperación de lo perdido. Pero en la Indias, esa recuperación se ha comenzado a construir a costa del otro, gracias a su vacío. Como ha indicado James Fernández, a su vuelta Carrizales se comporta como si los mecanismos coloniales tuviesen continuidad en la península (974). Al regresar, nunca sale de la colonia, la producción del sentido seguirá aún el esquema allí aprendido, la violencia del “requerimiento.” Si el espacio vacío era en América el del indígena, la mujer toma ahora su lugar. La omnívora narrativa del conquistador continúa su lógica performativa. El otro ha de obedecer a un texto previo, instalarse en él sin derecho a respuesta. Pero junto a la actitud colonial, Carrizales también trae consigo el vacío que, necesariamente, acompañaba al requerimiento. La necesidad de ocultar ese vacío, de apartar de la mirada de los otros el fracaso del sentido, lleva al indiano a idear un espacio

acotado de la verdad restaurada. La utopía del origen recuperado es frágil y ha de mantenerse aislada. Leonora, la joven esposa escogida por el indiano es el medio ideado para recuperar lo perdido, el lugar vacío de la memoria, “buscó a sus amigos, hallólos todos muertos; quiso partirse a su tierra, aunque ya había tenido nuevas que ningún pariente le había dejado la muerte” (101). Pero Leonora también se constituye en el destino de su fortuna, el único modo de darle sentido y utilidad al oro americano:

Contemplaba Carrizales en sus barras, no por miserable, porque en algunos años que fue soldado aprendió a ser liberal, sino en lo que había de hacer dellas a causa que tenerlas en ser era cosa infructuosa, y tenerlas en casa, cebo para los codiciosos y despertador para los ladrones. (101)

Así pues, la restauración del sentido ofrece dos aspectos paralelos, uno biográfico, otro económico. El sentido y uso del yo se concibe simultáneamente al de su fortuna. El efecto de América en Carrizales es similar al que comienza a producir en los textos de los arbitristas, los analistas económicos del XVII enfrentados a los paradójicos efectos de América en la economía de la metrópoli. Del mismo modo que en la situación comunicativa del “requerimiento,” el sueño del poder o de la riqueza sólo obtiene el vacío por respuesta. Si Carrizales no permite respuesta, si el suyo es un monólogo que incluye al otro tan sólo como personaje, las expectativas ante el oro americano resultan en principio ciegas a sus auténticos efectos. El monólogo del poder se revela defensa paranoica frente al vacío por llegar. El retiro amurallado que Carrizales ofrece a Leonora,

ese espacio inmune e impenetrable donde ha de residir, como en un invernadero, la utopía del sentido, es rigurosamente análogo a la obsesión proteccionista de arbitristas como Sancho de Moncada en su *Restauración política de España*. Allí se plantea cómo el único remedio a la galopante crisis económica y de sentido provocada por las colonias es el cierre de las fronteras patrias, la construcción de un espacio hermético donde poder reconstruir un orden económico perdido y arruinado por las perversiones del sentido que supone la integración del otro americano en los mecanismos económicos de España. Para Sancho de Moncada, como para buena parte de los arbitristas, América supone la perversión de la venta a crédito, la devaluación galopante de la moneda que ya no es signo de nada más que de sí misma, la ruina de la agricultura nacional, única fuente de riqueza “real,” acosada por hábitos ilegítimos relacionados al comercio y la especulación. En definitiva, la introducción del fantasma en la lógica económica, la perversión ocasionada por el vacío del otro. Como señalara Fernand Braudel, América supone el punto de inflexión que da origen al capitalismo moderno, pero no sólo por la dialéctica entre centro y periferia, la integración del lugar del otro en la lógica económica (87-88), sino también por el irreductible vacío que ese otro lleva consigo. El capitalismo nace con la pérdida de correspondencias, con el fetichismo de la mercancía, la pérdida de sentido de la moneda, el comercio de promesas, en definitiva, la introducción del vacío en el centro mismo del funcionamiento económico.

De ahí que la paranoia de Carrizales, sus celos causados por alguna causa inexistente sean paralelos a la constante ansie-

dad causada por el futuro de su dinero. La fortuna amasada en América se convierte en un significante hipertrofiado y molesto, que no corresponde a nada, que carece de utilidad inmediata, que urgentemente exige un sentido, un uso. El valor de cambio que comienza a introducir el fantasma del otro en los mecanismos económicos es un insostenible blanco que es necesario ocultar con la restauración del valor de uso. La moneda se convierte en significante vacío que amenaza el contagio del sin sentido. Es preciso evitar la extensión del mal, fijar la moneda, reducirla a un espacio cerrado que no admita intercambios o movi- lidades.<sup>6</sup> El retiro de Leonora es también el desesperado intento de evitar el cáncer que supondría la generalización del valor de cambio, el movimiento incesante e imprevisible de la moneda.

La paranoia amorosa de Carrizales es entonces simultánea a otra de carácter económico. Tanto el indiano cervantino como los arbitristas buscan ansiosamente aislar y reducir ese vacío importado de América. El regreso a la patria lo lleva a cabo una figura contaminada por el vacío de la respuesta americana. La riqueza procedente del otro contiene, paradójicamente, la revelación de un desgaste, de un vaciamiento del yo.<sup>7</sup> El silencio ante el “requerimiento” resulta, inesperadamente, una reacción activa, una callada violencia en sentido inverso. El vacío se instala adentro del conquistador y éste lo lleva consigo a su vuelta al origen. Allí comienza a proliferar a modo de un virus imparable que puebla los mecanismos económicos y de sentido de la metrópoli. Al final de “El celoso extremeño” el sacrificio de Carrizales no es en modo alguno el principio de la cura sino del contagio. Loaysa viaja a Amé-

rica y reinicia la ansiosa búsqueda de un sentido que ya ha dejado de existir. Pero otra vez como en *El Quijote*, los protagonistas cervantinos no quieren darse cuenta.

El intento de devolver al mundo su orden no hace sino proliferar el nuevo mecanismo de la modernidad. Aquél que se funda en un vacío consustancial, el vacío del otro, el cual funciona como un abismo que no deja de solicitar la producción de sentido y no ya tan sólo su restauración. La violencia performativa del signo que pretende restaurar su perdida referencia no consigue sino multiplicar incesantemente referentes huérfanos, activados ahora por la búsqueda de lo perdido, por el obstinado silencio en la mirada del otro.

## Notas

<sup>1</sup> La idea resulta recurrente. Todorov sitúa al principio de su *The Conquest of America* una apreciación similar:

[...] even if every date that permits us to separate any two periods is arbitrary, none is more suitable, in order to mark the beginning of the modern era, than the year 1492, the year Columbus crosses the Atlantic Ocean. We are all the direct descendants of Columbus, it is with him that our genealogy begins, in so far as the word *beginning* has a meaning. (5)

<sup>2</sup> Greenblatt llama la atención sobre esa misma actitud en el caso de los primeros contactos de Colón. Sus acciones presuponen una mirada más allá del mar, el aquí y ahora sólo importan en cuanto objeto de esa mirada:

There are no attempts in the initial landfall to inscribe the Spanish presence on the land, to leave even an ephemeral mark such as a gash in a tree or a cleared patch of grass. His actions are performed entirely *for a world elsewhere*. (56)

<sup>3</sup> In a sense then the best voyage will be the one in which one learns next to nothing; most of the signs will simply confirm what one already knows [...] Columbus's appeals to experience merely confirms the book of Esdras and a host of authorities [...]. (Greenblatt 88)

<sup>4</sup> En este sentido cabe leer uno de los más notables dilemas de la hermenéutica bíblica en el siglo de oro. El descubrimiento de América provoca la necesidad de encontrar en las escrituras su profecía. El hecho de que un evento histórico y un espacio geográfico de tal magnitud no hayan estado siempre presentes en las escrituras, la posibilidad de que resulten imprevistos es inaceptable. Un ejemplo paradigmático resulta la presencia de América a lo largo de la obra de uno de los grandes nombres de la teología contemporánea, Fray Luis de León. Ver la antología *Escritos sobre América*.

<sup>5</sup> En este sentido, uno de los argumentos centrales de Eduardo Subirats en su imprescindible *El continente vacío* establece quizá límites demasiado estrechos: si el proceso de conquista supone la pérdida de una concepción mimética del lenguaje para el indio, de la relación inmediata entre palabra y objeto, signifiante y significado (250), también supone algo similar para el conquistador cuyo texto se enfrenta al fracaso de lo imprevisto, a la imposibilidad de significar lo radicalmente extraño. Enfrentada al otro su palabra es una palabra huérfana, el signo de un fracaso. De hecho el esquema conceptual utilizado por Subirats procede del análisis foucaultiano de paradigmas europeos desarrollado en *The Order of Things*.

<sup>6</sup> Como ha indicado Shifra Armon en una brillante lectura del texto, en términos económicos vemos la oposición entre una concepción acumulativa de la riqueza y otra que privilegia el valor de cambio, la circulación. El castigo que recibe Carrizales es castigo a una concepción económica fundamentalmente anacrónica que será la que domine tanto los círculos teóricos como los hábitos económicos del imperio. También Greenblatt llama la atención a la dimensión simbólica del oro como signo de una incertidumbre frente a los cambios económicos:

The unnaturalness of the desire for gold is one of the great themes of the fifteen and sixteenth centuries [...]. One of the most famous images of the Spanish in America depicts a group of Indians punishing a *conquistador* for his insatiable thirst for gold by pouring the molten metal down his throat. In part, such images, which drew upon ancient polemics against greed, reflected sectarian hostilities—here Protestant against Catholic—but in part they reflected a more ecumenical uneasiness in the face of the growth of a money economy and an uncertainty about the status of gold. (64)

<sup>7</sup> En este sentido funcionaría la imagen (y la realidad) de unas importaciones de inmensas riquezas que resultan rigurosamente inútiles para la metrópoli, siendo desviadas para el pago de las interminables deudas de guerra del imperio a banqueros extranjeros. El mejor estudio de la imagen creada por los arbitristas y su relación con la realidad sigue siendo el de Pierre Villar.

## Obras citadas

- Armon, Shifra. "The Paper Key: Money as Text in Cervantes's 'El celoso extremeño' and José de Camerino's 'El pícaro amante.'" *Cervantes* 18. 1 (1998): 96-114.
- Bhabha, Homi. *The Location of Culture*. Londres: Routledge, 1994.
- Braudel, Fernand. *The Perspective of the World*. Nueva York: Harper & Row, 1984.
- Certau, Michel de. *Heterologies: Discourse on the Other*. Minneapolis: U of Minnesota P, 1984.
- Cervantes, Miguel de. *Novelas ejemplares*. Madrid: Cátedra, 1998.
- Dussel, Enrique. *The Invention of the Americas*. Nueva York: Continuum, 1995.
- Fernández, James. "The Bonds of Patrimony: Cervantes and the New World." *PMLA* 109.5 (1994): 969-81.
- Foucault, Michel. *The Order of Things: An Archaeology of the Human Sciences*. Nueva York: Pantheon, 1971.
- Greenblatt, Stephen. *Marvellous Possessions: The Wonder of the New World*. Chicago: The U of Chicago P, 1991.
- León, Fray Luis de. *Escritos sobre América*. Madrid: Tecnos, 1999.
- Moncada, Sancho de. *Restauración política de España*. Madrid: Luis Sánchez, 1619.
- O'Gorman, Edmundo. *La invención de América*. México: Fondo de Cultura Económica, 1958.
- Pereña, Luciano. *La idea de la justicia en la conquista de América*. MAPFRE: Madrid, 1992.
- Subirats, Eduardo. *El continente vacío*. Madrid: Anaya, 1994.
- Todorov, Svetan. *The Conquest of America*. Nueva York: Harper, 1984.
- Villar, Pierre. *Los primitivos españoles del pensamiento económico: cuantitativismo y bullonismo en crecimiento y desarrollo*. Barcelona: Ariel, 1974.

